

# La Lectura



# Popular

DE ORIHUELA



## EL CUCHILLO DE LA PROVIDENCIA

(Reproducido con ilustraciones)

Allá por los años mil ochocientos y tantos vivía en Madrid una señora que se llamaba D.<sup>a</sup> Ruperta casada con un señor que se llamaba D. Lino.

Doña Ruperta era una mujer muy piadosa y muy buena; pero tan dada á pensar en el día de mañana, que aunque el Señor la estimaba mucho, andaba un poco disgustado con ella; y cuando la oía rezar novenas y más novenas; (porque era muy rezadora), solía él decir para sus adentros:

—¡Ay Ruperta, Ruperta! tú me alabas y bendices mucho con la boca, pero no me dejas poseer tu corazón.

Un día dijo el diablo al Señor:

—Señor, dejadme á D.<sup>a</sup> Ruperta, que puesto que os ama á medias voy á ver si la meto las uñas.



—Bueno,— le contestó Dios,—anda y tíntala si quieres; pero ten presente que no por eso la dejaré de mi mano; pues yo no consiento que se pierdan mis hijos como no sea que absolutamente quieran ellos perderse. Ellos son libres para obrar; tú quedas autorizado para tentarlos; pero yo también quedo en libertad para auxiliarlos con mi gracia, á fin de que no puedan quejarse de mi justicia ni les falten medios para merecer mi gloria.

El diablo se restregó las manos de gusto, y de dos aletazos se arrojó sobre la casa de D.<sup>a</sup> Ruperta.

Esta se hallaba en su gabinete; había recibido una carta de su marido, á la sazón empleado en la Isla de Cuba con un buen sueldo, y la leía con esa satisfacción que se

leen siempre las cartas que vienen acompañadas de billetes de banco.

Su marido le escribía así:

«Querida Ruperta de mi alma: como todos los meses, adjunto tengo el vivísimo placer de enviarte el fruto de mis economías, que no son tantas por cierto como yo quisiera para darte la satisfacción que tanto anhelas de reunir pronto un buen capitalito y redondearte para la vejez: pero ten paciencia, hija mía, que ya te redondearás.

«¡Ay Ruperta Ruperta! qué cansado estoy de vivir aquí. Como llevo pasada la fiebre amarilla, el cólera morbo y el vómito negro, francamente, hija, tengo miedo de dejar el pellejo en esta picara tierra, pero ¡quién se vuelve á España sin darte gusto y proporcionarte el deseado capitalito! Sin embargo pronto estaré á tu lado, y entonces, redondeada tú, podremos ambos pasar tranquilos lo que nos resta de vida.

«Adios, Ruperta de mis entrañas, cuida mucho á la cotorra, y recibe un estrecho abrazo de tu apasionadísimo

Lino.»

Doña Ruperta, alterada por la emoción cuando llegó aquí, en vez de apasionadísimo Lino leyó *apasionadísimo Lila*; pero aunque parece que se equivocó no se equivocó; pues, en efecto, D. Lino no era más que un *Lila* en toda la extensión de la palabra.

Doña Ruperta, después de leer la carta, dió un suspiro.

Un suspiro de pena, porque aquel mes no había recibido más que tres mil reales.

Entonces, habiendo mandado cambiar los billetes en oro, se metió en su gabinete, sacó una calceta de punto de un tamaño descompasado, (pues es de advertir que la tal señora, aunque padecía de flato histérico, pesaba sus diez arrobas, y gastaba unas medias como costales) sacó, digo, una calceta de gran tamaño, y soltando una liga que tenía atada por la parte del tobillo para sujetar el gato, añadió á él las treinta monedas de á cinco duros recibidas á cambio de los billetes.

El gato de D.<sup>a</sup> Ruperta tenía ya cola,

Doña Ruperta lo miró con satisfacción, y al colocarlo en el armario notó su peso y sonrió de gusto.

El diablo, en aquel momento convertido en araña y metido en su corazón, había empezado á urdir la tela y le hacía cosquillas.

—Ya tengo reunida buena cantidad;—dijo la esposa de D. Lino.—Pero ¡caramba! si á este bendito hombre me lo dejasen cesantía sería una desgracia. Pues, no digo nada, si se muriese. No quiero pensarlo. No me que-

daban recursos ni para diez años.

Doña Ruperta se quedó meditando un rato en lo que le sucedería si su marido se moría antes de tiempo.

A poco desechó la idea que la atormentaba y quedó más tranquila.

Pero al día siguiente vino á la cabeza la cesantía y volvió á entristecerse.

Después se tranquilizó otra vez porque se acordó entonces, no del poder de Dios, sino del de una tía suya llamada Lorenza, que estaba empleada en palacio y era azafata de la reina.

—Mi tía *la azafata*, ¡caramba! no había yo pensado en mi tía *la azafata*. Vaya, vaya, no soy yo poco tonta con apurarme de este modo, teniendo en palacio esta aldaba.

La infernal araña, que desde que había penetrado en el corazón de D.<sup>a</sup> Ruperta no cesaba de tejer, alargó la pata y aseguró la tela en un punto más.

En la aldaba de palacio.



En los días siguientes D.<sup>a</sup> Ruperta sintióse sucesivamente invadida, ya de fuertes temores de quedarse pobre, ya de grandes ilusiones de hacerse rica.

En tanto veíase con una caña en la mano pidiendo limosna en la puerta de las iglesias y que nadie le daba, y que le daba un desayuno, y que se moría de hambre, y que hasta tenía que vender la cotorra que era el animal que más quería en el mundo después de su Lino; ó ya se contemplaba *redondeada* y feliz con su calceta repleta de oro y su Lino regresando de América y su tía *la azafata* saliendo á recibirle y hasta la aldaba de palacio repicando de alegría y alargándose al recién llegado para ayudarle á subir las escaleras de la fortuna.

Todos estos gozos y penas, bien distintos de los del glorioso San José; todas estas al-



zas y bajas del sentimiento, verdaderas sístoles y diástoles de la concupiscencia, venían de perilla al diablo para tejer su tela, pues las aprovechaba admirablemente como si fuesen los movimientos de un telar mecánico.

Efecto, pues, del infernal trabajo jamás destruido por las llamas de la oración, los hilos fueron engrosando hasta convertirse en cordeles de azote, y la tela fué creciendo hasta formar una red que aprisionó el espíritu de D.<sup>a</sup> Ruperta.

Desde aquel momento sus oraciones fueron cada vez más frías, y apenas consistieron ya en otra cosa que en meras palabras mezcladas con bostezos.

El alma de la cristiana señora vino á quedar como esos mosquitillos á quienes la araña envuelve perfectamente y deja inmóviles para chuparles las entrañas.

El diablo contempló su obra, y considerando cogida á su víctima, soltó una cargada que llegó al cielo.

El Señor la oyó, miró hácia la tierra, vió como se hallaba el alma de su sierva y tuvo compasión de ella.

—¡Infeliz!—dijo,—ha tiempo que tus oraciones me ofenden, porque solo me pides con la boca; pero al fin me pides y tendré compasión de tí.

Entonces, dirigiéndose á un ángel hermosísimo que tenia cerca de su trono.

—Ángel de la caridad,—dijo,—baja y ayuda á esa pobre alma á romper las ligaduras de su corazón.

El ángel bajó, y en el mismo instante oyóse tocar á la puerta de D.<sup>a</sup> Ruperta.

Era un niño de ocho años, ciegucecito, que pedía limosna tiritando de frío y con la sonrisa en los labios.



—¿Quién eres tú, niño?—dijo doña Ruperta.  
—Soy el hijo del tío Estevan el carbonero que el año pasado traía el carbon á casa.  
—Pero, hijo mio, ¿á dónde vas tú solito?  
—¿Y tu padre?  
—Se murió.  
—¿Y tu madre?  
—También ha muerto.  
—Pues entonces ¿con quien vives?  
—Con nadie: de día pido limosna y de noche me recoge una vecina.

—¡Jesús María!—exclamó D.<sup>a</sup> Ruperta sintiendo fuertemente conmovido su corazón—¡Qué lástima de criatura! estoy por recogerla.

Los hilos de la talaraña crujieron con tanta fuerza que algunos se rompieron; pero el animalejo, rápido como un rayo, se lanzó sobre la red y empezó á componerla.

Doña Ruperta entró en su habitación, y meditó un poco.

—Vaya,—dijo,—iba á prohiarme este niño, pero puesto que tiene quien le recoja no hay necesidad: lo que haré es darle una buena limosna.—Y sacando la calceta tomó una moneda de oro; pero luego la dejó y tomó una de plata que despues dejó también.

—Va á perderla,—dijo, para sí,—mejor será socorrerle poco á poco.

Y metiendo la mano en la faltriquera le dió un *perro chico*.

El ángel se volvió al cielo.

—Señor,—dijo,—con esa alma no hay quien pueda. Si no se la ayuda de otro modo más eficaz no hacemos nada.

El Señor oyó lo que le dijo el ángel, miró hacia el fondo del cielo y formuló un deseo.

En el acto se presentó ante el trono del Omnipotente otro ángel brillantísimo que llevaba en la mano un instrumento sumamente raro.

Aquel instrumento no podía compararse con ninguno de los que usan los cirujanos, y sin embargo parecia participar del carácter de todos ellos. Era así á modo de un gran cuchillo que al par que cortaba, pinchaba, quemaba y arrancaba. Era un cuchillo universal: el cuchillo de la Providencia.

—Gloria sea dada á vuestra infinita magestad,—exclamó el ángel, postrándose ante el trono de Dios.

—Ángel del dolor,—exclamó el Señor,—mucho siente mi corazón de padre usar con mis hijos ese instrumento de suplicio; pero mi misericordia no puede consentir que se pierdan por evitarles lágrimas. Baja y dale un tajo al corazón de mi sierva Ruperta que en este momento hallarás en tal parte rezándome unas oraciones que ni ella misma entiende.

Efectivamente D.<sup>a</sup> Ruperta se hallaba en aquel instante en su gabinete acabando una novena que terminaba así:

*Señor, os entrego mi corazón, mi alma con todas sus potencias, memoria, entendimiento y voluntad. Todo es vuestro, absolutamente vuestro; y por eso lo pongo en vuestras manos benditísimas...*

—Señora,—gritó la criada,—la sopa está en la mesa.

—Voy mujer, no me distraigas... en vuestras manos benditísimas, para que, como Padre amoroso, cumplais en mí vuestros designios que...

—Que se enfria, señora.

—Voy mujer... vuestros designios, que... ¡Caramba! ya me has distraído al llegar á los designios. Tendré que acabar despues.

Doña Ruperta puso una señal en los designios y se sentó á la mesa muy satisfecha.

Mientras la criada le servía tomó un periódico y se puso á leer.

De repente dió un grito, y quedose pálida como un difunto. Acababa de leer el siguiente suelto:

«Ha sido declarado cesante con el haber que por clasificación le corresponde nuestro distinguido amigo D. Lino Tragaldabas, que servía un alto puesto en la Isla de Cuba. No dudamos que el Gobierno de S. M., haciendo justicia á los eminentes servicios de tan distinguido hombre público, sabrá recompensarle los grandes sacrificios que lleva hechos en aras de la patria.»



—¡Dios mio!—exclamó D.<sup>a</sup> Ruperta,—¡mi marido cesante! estamos perdidos! ¿Qué vamos á comer ahora? ¿Qué comeremos ahora, ¡Dios mio! ¿qué vamos á comer ahora?

—Sopa, señora, sopa.—exclamó la criada queriendo calmar las angustias de su ama.

—Si, hija mia, ahora comeremos sopa; pero ¿y mañana?

—Mañana Dios dirá, señora, y sobre todo ¿quién nos ha dicho que mañana viviremos?

—Es lo más seguro.

—Pues si es seguro que viviremos, también es seguro que Dios nos proporcionará otra sopa para que no muramos. Y además, ¿no dice ese papel que el Gobierno va á darle al señorito las aras de la patria?

—¡Ay Dios mio!—siguió exclamando D.<sup>a</sup> Ruperta, mientras soplabá como una ballena atacada por el histérico.—¡Dios mio! ¡Dios mio!

El ángel del dolor regresó en aquel momento al cielo y entró en él limpiando su instrumento.

—¿La has operado ya?—dijo el Señor.

—Si Señor,—contestó el ángel.

—¿Y como se halla?

—Escociente, Señor, escociente. Como es el primer corte...

—Pobre alma,—exclamó el Señor,—pobre alma redimida con la sangre de mi unigénito ¡cuánto me apena hacerte sufrir! pero es preciso. Sin embargo, yo veré si respetando tu libertad, puedo evitarte nuevas operaciones.

Entonces el Señor llamando nuevamente al ángel de la caridad le dijo:

—Baja y por segunda vez intenta hacer penetrar mi amor en el alma que ayer visitaste. Pero si no lo consigues avisame al



punto, porque empuñaré de nuevo el cuchillo de mi misericordia, y no dejaré en paz esa alma hasta que su suerte se decida.

El ángel bajó, y en aquel mismo instante D.<sup>a</sup> Ruperta, que tomaba la sélima taza de tila para calmar sus nervios, oyó que sonaba la campanilla por segunda vez.

—¿Quién es!—preguntó la criada.

—Soy yo,—contestó penetrando en la habitación una pobre enferma á quien solía socorrer la esposa de D. Lino.

—¿Ah! ¿es usted, María?—dijo esta algo más tranquila por efecto del antiespasmódico.—¿Cómo ha salido usted á la calle hallándose aun tan delicada? ¿Está usted mejor?

—Señora,—dijo la pobre sonriendo,—ya me siento más fuerte.

Y, efectivamente, se sentaba de porrazo por efecto de la debilidad.

—Válgame Dios, hija!—exclamó doña Ruperta tocada por la compasión, que fácilmente penetra en los corazones doloridos.—Si necesitaba usted algo podía habérmelo dicho. Pero calle: ¿qué niño es ese que lleva usted en los brazos? ¿No se le murió á usted el suyo?

—Sí, pero este es otro.

—¿Cómo otro? ¿de dónde?

—De la inclusa.

—¡Ave María Purísima! ¿usted tan débil y con tan pocos recursos aun saca niños de la inclusa? ¿Pues no sabe usted que la diputación no paga?

—Sí, señora; pero yo no lo he hecho por el dinero de la Diputación, sino por el amor de Dios. Angelito, tenía mucha hambre! Además estaba tan enfermo: tenía el vientrecito lleno de fuego: mire usted, mire usted...

—Mujer de Dios, si eso es sarna,—gritó D.<sup>a</sup> Ruperta dando un salto.

—Sí, señora, eso ha dicho el médico, que es sarna; pero se quita con azufre.

—Vamos, eso es una imprudencia.—exclamó D.<sup>a</sup> Ruperta volviendo en seguida á su diapason normal, que era siempre el de la desconfianza.—Así son ustedes tan desgraciados; no se hacen cargo de que la caridad bien ordenada empieza por uno mismo, y luego son los apuros.

—Apuros, ¿por qué, señora? ¿No tenemos un Padre en los cielos que es infinitamente bueno y poderoso?

—Ya lo creo, pero...

—Pues si es poderoso y bueno, ¿cómo ha de abandonar á sus hijos, y menos á aquellos que le sirven? En hora buena que desconfíen las personas que en todo buscan su satisfacción propia, más las que solo miran en todo servir á Dios, ¿qué tienen que temer? ¿Si usted sirviese á un rey de la tierra, temería morir de hambre?

—No.

—¿Pues por qué teme morir sirviendo al Rey del cielo?

Doña Ruperta quedó admirada al oír aquel argumento. Parecía imposible saliese de la boca de aquella mujer tan sencilla. Allí había algún misterio incomprensible que le iba

llamando la atención.

—Eso está bien—se atrevió aún á replicar;—pero la prudencia...

—La prudencia, señora, la hizo Dios para regular nuestras virtudes, no para impedir las. ¡Señora!—exclamó de repente la mendiga levantándose con el niño en los brazos,—abra usted su corazón. ¿No se acuerda usted ya de lo que dice nuestro Señor en su santo Evangelio?

Doña Ruperta dió un salto y abrió la boca desmesuradamente.

—¿Que dice?—preguntó alarmada.

—Pues dice una cosa que no entendemos ni queremos entender, porque somos muy desconfiados: *No andéis afanados pensando para vuestra alma qué comeréis, ni para vuestro cuerpo qué vestiréis. ¿El alma que yo os di no vale más que la comida, y el cuerpo más que el vestido?*



*Mirad las aves del cielo que no siembran ni recogen en graneros; y sin embargo, vuestro Padre celestial, las alimenta. ¿Pues no valeis vosotros mucho más que ellas, por qué teméis?*

*Considerad cómo crecen los lirios del campo: no trabajan ni hilan, y ni Salomón en toda su gloria fué cubierto como uno de estos.*

*Pues si al heno del campo, que hoy existe y mañana es echado en el horno, Dios viste así, ¿cuánto más os vestirá á vosotros, hombres de poca fé?*

*No os acongojéis pues diciendo: ¿qué comeremos ó qué beberemos ó con qué nos cubriremos? Porque los gentiles se afanan por estas cosas, y vuestro Padre celestial sabe que teneis necesidad de todas ellas;*

*«Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura.»*

Doña Ruperta que en su vida habia buscado otra cosa que las añadiduras, esto es, sus gustos y comodidades, en aquel instante percibió su falta con tal claridad que en poco cae al suelo como San Pablo.

Representósele con perfecta lucidez lo falsas que habían sido hasta allí tanto sus devociones como sus obras, en las que siempre se buscó á sí misma en vez de buscar á

Dios; y, comprendiendo la razón con que Éste habia empezado á enviarle amarguras para destetarla de las golosinas de la tierra, bajó la cabeza.

El ángel de la caridad trabajaba admirablemente.

La mendiga, que era su instrumento, continuó aun hablando.

*No queráis atesorar tesoros en la tierra donde el orin y la polilla los consume, y donde los ladrones los desentierran y roban: Atesorad más bien tesoros en el cielo, en donde ni los consume el orin ni los ladrones los desentierran. Porque en donde está tu tesoro allí está también tu corazón.*

—¡Es verdad!—exclamó D.<sup>a</sup> Ruperta para sí, acordándose de la calceta,—¡es verdad! ¿Cómo he de vivir feliz si he puesto el mio en una media de punto y lo he encerrado en un armario?

Entonces, inflamada por un extraño fervor, ocurrióle la feliz idea de ir al armario, sacar sus ahorros y partírlos con la pobre que tenia delante.

Inmediatamente se levantó y trató de ponerla en práctica.

Pero en aquel momento el diablo, que andaba tentando á unos comerciantes que habían cerrado sus tiendas los días festivos para que volviesen á abrirlas, vió el peligro que corrían las redes de D.<sup>a</sup> Ruperta y se volvió á ellas.

Doña Ruperta habia abierto el armario y sacaba la calceta.

El diablo se abalanzó al corazón de la esposa de D. Lino que por primera vez funcionaba con libertad, y sacando ciertos hilajos de una parte que no se puede nombrar, empezó á echárselos con rapidez.

Doña Ruperta entre tanto habia comenzado á contar el dinero.

El diablo aceleró el movimiento de su telar.

—Nueve mil trescientos cincuenta y cuatro duros, doce reales y seis cuartos,—exclamó D.<sup>a</sup> Ruperta contemplando el caudal.

El diablo apretó de tal modo que no se le veían las patas.

—Le daré mil duros: sí, mil duros, pues es preciso que yo castigue así mis avaricias.

El diablo apretó más.

—O bien le daré diez mil reales, y luego otros diez mil; porque en dos veces tal vez será mejor.

El diablo siguió tejiendo.

—O casi casi seria más conveniente darle por ahora tres ó cuatro paquetes nada más; porque si esta mujer se encuentra de repente con mucho dinero es posible que se lo malgaste y...

El diablo continuó trabajando, pero ya más tranquilo.

—¡Calle!—exclamó D.<sup>a</sup> Ruperta,—¿qué tonta soy. ¿Y quien me ha dicho que debo dar toda esta limosna á una persona sola? ¿No es más justo repartirla entre muchos necesitados? Vaya, no habia yo caído en esto, pero ya caigo.



Efectivamente, en aquel momento caía pero de veras.

El diablo descansó de su trabajo, y D.<sup>a</sup> Ruperta volvió á meter el dinero en la calceta; tomó dos medias pesetas lisas y salió dispuesta á sacrificarlas en aras de la caridad.

Pero cuando salió, la mendiga, que mientras ella contaba se había comido con permiso de la criada la sopa que D.<sup>a</sup> Ruperta no había gustado á causa del berrinche, había desaparecido.

—¿Por qué se ha marchado?—preguntó D.<sup>a</sup> Ruperta.

—Poque dice que estaba ya satisfecha, y que cuando tuviese otra necesidad por el estilo, el Señor la socorrería como hoy.

—¡Como hoy!—pensó D.<sup>a</sup> Ruperta acordándose que ella se había quedado sin comer, tal vez para que comiese la mendiga.

—¡Como hoy! Es decir, dejándome sin comer á mí.

Entonces otro golpe de gracia volvió á iluminarla y la hizo morderse los labios, porque comprendió lo que acababa de hacer la Providencia.

Mientras ella, con nuevemil trescientos cincuenta y cuatro duros, doce reales y seis cuartos de capital ahorrado, no había podido probar bocado en aquel día del disgusto que había tomado pensando si le faltaría al día siguiente, la pobre mendiga, sin tener un maravedí ni de donde le viniese, iba chupándose los dedos y alabando á Dios de lo bueno que estaba su cocido.

Aquello la puso muy cavilosa.

Pero cavilando cavilando fué maquinalmente al armario y metió también las dos medias pesetas en el calcetín.

Al ruido que hicieron al caer, el ángel de la caridad que ya estaba exasperado, espantándose del todo dió un vuelo, y llegó sin descansar hasta el trono del Señor.

—Señor,—exclamó,—con aquella alma no hay quien pueda: mi misión ha concluido.

—¡Ea!—dijo el Señor,—pues á operarla del todo y sin más contemplaciones: no he de consentir que se pierdan los hijos de los hombres por evitarles las amarguras del dolor.

Y con semblante que hizo temblar á los querubines llamó al ángel del sufrimiento para darle una orden reservada.

El ángel se presentó, escuchó la orden, y, desenvainando inmediatamente el terrible cuchillo que ya conocemos todos, desapareció de los cielos.

Un momento después allá abajo en la tierra se oyó que llamaban casa de la esposa de D. Lino.

—¿Quién es?—preguntó la criada.

—Que vaya corriendo la señora á casa de su tía Lorenza,—exclamó una voz—porque acaba de darle un ataque y está muy mala.

—¡Mi tía la azafata!—exclamó doña Ruperta poniéndose más blanca que el papel.

—¡Esta sí que es buena, Dios mío! ¿Será capaz de morirse esta mujer ahora que mi Lino está enfermo?

Y poniéndose á escape la mantilla se lanzó á la calle á tomar un coche.

Pero no había trascurrido una hora cuando volvió á su casa hecha un mar de lágrimas.

—¡Virgen de las Angustias!—exclamó desplomándose en una silla.—¡Hemos perdido la única influencia que nos quedaba! ¡Benita de mi vida! hazme tila corriendo, mi tía ha muerto. Hazme tila, hazme tila.

La criada corrió toda temblorosa á la cocina á poner el puchero.

Entre tanto D.<sup>a</sup> Ruperta temblorosa también, entró en su gabinete para dejar la mantilla en el armario.

Pero de repente se quedó estupefacta: el armario estaba abierto y ella lo había dejado cerrado.

Como una exhalación se dirigió al secreto donde tenía la calceta. Allí no había ya ni calceta ni secreto; las tablas habían saltado y todo indicaba la perpetración de un robo.



—¡Benita!!—exclamó dando un grito que se oyó en la Puerta del Sol y hasta en el sol se hubiese oído si allí hubiera quien lo oyese.—¿Quién ha entrado aquí?

—Nadie, señora.

—¡Me han quitado una media!

—¿Y que vale una media, señora?

—Es que estaba llena de oro.

—¡De oro!—exclamó la criada.

—¡Ah bestia!—rugió D.<sup>a</sup> Ruperta como una pantera á quien quitan sus cachorros.—Me han robado por tu culpa.

—Habrá sido mientras salí por carbon.

—¡Bestia, bestia!

Dilin, dilin: volvió á sonar la campanilla.

—¿Quién es?—exclamó la pobre criada aturdida ya por completo.

—El cartero.

Doña Ruperta alargó maquinalmente la mano y temblando como una azogada tomó una carta.

Casi sin saber lo que hacía rompió el sobre y miró.

—¡Jesús me valga!—exclamó dando otro espantoso grito.

Y perdiendo el sentido cayó de cabeza sobre el pavimento.

Acababa de recibir el último tajo de la Providencia.

Su Lino había muerto.

El ángel del dolor, con las lágrimas en los ojos y las manos aun ensangrentadas, entraba en el cielo momentos después limpiando el instrumento de la misericordia divina.

Cuando D.<sup>a</sup> Ruperta volvió de su desmayo miró á su alrededor y parecióle todo un sueño.

Pero no había tal sueño.

La implacable realidad se presentó á sus ojos en toda su desnudez. Estaba viuda, huérfana de todo socorro humano y sumida en la mayor miseria.

Entonces por primera vez de su vida después de verter un raudal de lágrimas dió un gran suspiro y levantó los ojos al cielo; pero con tanta confianza y fervor que pareció que su corazón se dilataba de un modo infinito.

Era que el cuchillo de Dios había roto las redes del diablo, y este había huido como huyen las arañas cuando ven completamente destrozada su tela.

—¡Dios mío!—dijo reanudando aquella oración interrumpida que ya conocen nuestros lectores.—¡Dios mío! cumplid en mí vuestros designios, porque Vos, como Padre, sabéis mejor que yo lo que me conviene. Hasta ahora había puesto mi confianza en las cosas de la tierra; desde hoy en solo Vos pondré mi corazón.

ADOLFO CLAVARANA.

NOTA.— Suplicamos encarecidamente á los colegas que nos hacen el honor de copiar nuestros artículos, se sirvan indicar la procedencia.

### LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándose la bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

#### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

Una acción. . . . .	4 pesetas mensuales
Media id. . . . .	2 " "
Un cuarto id. . . . .	1 " "
Un octavo id. . . . .	0'50 " "

Por medio de correspondencia 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Bolsa 10, y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.